

positada. Pero si sus flores son frutos de honor y de honestidad, ¿creéis poder participar de estas hermosas flores, de estos suaves frutos, si tan solo la profesais una devoción estéril? ¡Ah! que vivís en un error si tal pensais. No puede ser cobijado bajo las ramas de este árbol majestuoso, cuyas flores son frutos de honor y de honestidad, el que no sea puro de corazón. La que es la Reina de todas las virtudes no puede aceptar los dones de un corazón corrompido. Si os gloriais, pues, de ser hijos de María, necesario es que vuestras obras correspondan á título tan honroso.

Sea, pues, mis amadísimos hermanos, vuestro amor á María, tan puro como cordial, y que vuestra devoción esté fundada en el cumplimiento de la ley de su divino Hijo: huid del pecado, y arrepentidos de vuestras culpas, acudid á esta Madre amorosa, seguros de que sereis escuchados, pues su único deseo es amparar y favorecer á los pobres pecadores. Llena de amor y de bondad nos llama á sí para colmarnos de bienes, y que gustemos del olor de sus perfumes, y que participemos de sus hermosos frutos que son de honor y de honestidad. *Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris, et flores mei fructus honoris et honestatis.*

Virgen Santísima de Guadalupe: *Respice de caelo et vide et visita vineam istam, quam plantavit dextera tua.* Ven Señora, y visita esta viña que te pertenece. Favorece á los individuos que componen esta piadosísima hermandad que tanto te ama, y haz objeto, Madre mía, de tu especial protección á este pueblo católico que tanto te venera: sacerdotes y legos, grandes y pequeños, que experimentemos todos el calor de tu caridad. Que por tí, ¡oh Purísima María! seamos todos felices en el tiempo y dichosos en la eternidad. *Amen.*

## SERMON

DE MARÍA SANTÍSIMA BAJO EL TÍTULO DE

MADRE DEL AMOR HERMOSO.

*Ego mater pulchra dilectionis.*

Yo soy la Madre del amor hermoso.

Eccli. cap. XXIV, v. 24.

Pueblo cristiano: Hay un sér en la naturaleza, al cual amamos por instinto desde nuestra mas tierna infancia: en sus brazos reposamos tranquilamente y nos entregamos al sueño: nos alimentamos de su misma sustancia, y á sus cuidados y desvelos debemos nuestro desarrollo, haciéndonos entrar en la primavera de la vida. ¡Oh! ¡A quién será dado el pintar toda la ternura del amor maternal! ¡Cuánto aman á los hijos de sus entrañas! ¡Cuántos sacrificios arrostran con heroicidad en favor de sus pequeñuelos! La primera palabra que articulan nuestros lábios es la de *Madre*, y crecemos en edad y cada vez puede decirse que son mas estrechos los lazos del amor que nos unen con nuestras madres. Ahora bien: si esto es así, hablando en el orden natural, ¿cómo podremos espresar el amor de María para los que somos

sus hijos adoptivos? Con razon se le aplica el bellísimo tipo de la sabiduría: «Yo soy la Madre del amor hermoso.» *Ego mater pulchræ dilectionis.* ¡Título hermoso que nos hace conocer las finezas de su corazón y toda nuestra felicidad en tener tal Madre!

En efecto, señores; María como buena Madre, tiene sus ojos fijos en sus hijos; llora con los que lloran, se aflige con los que se entristecen, padece con los que sufren. Suyas son nuestras lágrimas y nuestros infortunios, porque á todos alcanza su amor y su misericordia. Acudimos á ella en el día de la adversidad y enjuga nuestras lágrimas: la dirigimos nuestros ruegos, y ella, uniéndolos con los suyos, los presenta ante el acatamiento divino. ¿No veis cuantas bendiciones descenden sobre la humanidad? ¿No experimentamos cada día la misericordia del Señor? ¿No existimos aun, despues de haber mil veces merecido la condenacion eterna? Pues no lo dudeis: á María lo debemos: á esta Madre del Amor Hermoso que deseosa de nuestra salvacion, ha intercedido siempre á nuestro favor, alcanzándonos tiempo para que reconozcámos nuestras culpas y las lloremos. María es feliz, es Bienaventurada, pero mira como complemento de su propia felicidad la salvacion de sus hijos. Madre amorosa, parece que lleva en sus entrañas á todos los que han sido redimidos con la sangre de su Hijo Jesús. Es un génio celestial que se halla en todas partes, que atiende á todas las criaturas, y apenas sale de nuestros lábios esta amorosa palabra MADRE, se compadece, estiende su manto de piedades, nos cobija, nos ampara y favorece. Por esto nosotros en nuestras aficciones, en las desgracias, en toda clase de calamidades, no sabemos refugiar-

nos mas que en María: el convencimiento de que es Madre del amor, abre de par en par las puertas de nuestra esperanza, y no dudamos del remedio de nuestros males cuando lo pedimos á Dios por el conducto de la que es su Madre y nuestra Madre.

Conozco, señores, la razon con que el devotísimo Padre San Bernardo, al hablar de María, dice que vino al mundo para que por ella los pecadores fuesen reconciliados con Dios, la tierra anudara sus relaciones con el cielo, y todas las generaciones fuesen restauradas en sus primitivos y perdidos derechos (1). Idéntico lenguaje usan todos los Padres al hablar de la protectora de la humanidad.

Ganoso, pues, de satisfacer en cuanto me sea dable vuestra justa espectacion, os haré ver que María, desde el momento en que aceptó en el Calvario la maternidad de los humanos, no ha cesado un solo instante de dispensarnos sus bondades, llenando cumplidamente los deberes del amor que tal título le imponen. *Ego mater pulchræ dilectionis*

Por su intercesion poderosa, imploremos los auxilios de la divina gracia. *Ave Maria*

Acabo de decir, M. A. O., que la Santísima Virgen, desde el momento mismo en que aceptó en el Calvario la maternidad de los humanos, no ha cesado un solo instante de dispensarnos sus bondades, llenando cumplidamente los deberes del amor maternal. Fijemos nuestra consideracion en el Gólgotha,

(1) S. Bern. Ep. 174 ad Cap. Lugd.

en aquella hora memorable en la que Jesus consumaba el sacrificio de su vida. María, la criatura feliz y bienaventurada que por virtud divina le habia concebido en su casto seno, estuvo tambien destinada á beber el cáliz de la amargura. Asi siendo testigo de las ignominias, de las afrentas, de los tormentos y aun de la muerte de su Hijo, sufrió en su corazón maternal, cuanto Aquel en todos los miembros de su santísimo cuerpo. Por esta razon al contemplarla el Doctor Seráfico al pié del leño sacrosanto de la Redencion, esclama: En vano busco á María en el Calvario, pues que á donde quiera que estiendo mi vista no encuentro otra cosa que clavos, espinas, sangre, puesto que en todo esto se halla convertida aquella tierna Madre, martirizada por el amor (1). En aquel lugar de tormentos se muestra esta Reina de los mártires, por la elevacion de sus sentimientos, la mas fuerte y la mas heroica de todas las mujeres, como se espresa San Ambrosio (2). El sacrificio iba á consumarse, el cielo á unirse con la tierra, la justicia y la paz á darse un ósculo amoroso (3). Jesucristo, que nos daba su propia vida, quiso darnos mas, y antes de espirar nos dá á su Madre, el objeto que mas amaba sobre la tierra. A los lados de la Cruz ve á su Madre apurando el cáliz de la amargura, y ve tambien al discípulo amado, que no participando del temor de sus compañeros, no desamparó un momento á la afligida Virgen. Entonces el Libertador hace un nuevo esfuerzo y esclama

(1) San Bonav. de Planctu Virg.

(2) Stabat non degeneri spectaculo mater.... Corpore excelsa, animo excelsior. S. Ambros. de Inst. Virg. cap. VII.

(3) Justitia et pax osculatae sunt. Ps. LXXXIV, v. 11.

ma entre las agonías de la muerte: ECCE FILIUS TUUS... ECCE MATER TUA (1). ¡Oh! ¡Qué testamento tan consolador para los infelices mortales! María es ya Madre de los humanos. El que es Mediador único de propia autoridad y excelencia entre el Dios ofendido y el hombre delincuente, ha constituido á su Madre, al concederle la maternidad humana, el que sea medianera de intercesion entre el Redentor y los redimidos.

Ahora bien, señores: si el amor es la cualidad inseparable de las madres, María, que es la mas perfecta de todas las criaturas, nos ha de amar necesariamente con un amor extraordinario y sin comparacion mas sublime y mas profundo que el que profesan á sus hijos todas las madres del mundo. Pero ¿quién ignora esta verdad? ¿Quién hay en el mundo que no haya experimentado el amor de María? ¿Quién puede poner en duda que la Madre de los humanos se ha empleado siempre y en todo tiempo en dar á los mortales las mas brillantes y luminosas pruebas de su amor? No bien aceptó la preciosa dádiva del Calvario, cuando tendió una amorosa mirada sobre la posteridad del padre prevaricador. Conocia en su privilegiada inteligencia, que á pesar de la Redencion, mil enemigos habian de combatir contra el hombre, á fin de aprisionarle de nuevo al terrible carro del fuerte armado, y se propuso ser desde aquel instante el amparo, el consuelo, en una palabra, el ángel de salvacion para los pobres pecadores, la Madre del Amor Hermoso: *Ego mater pulchrae dilectionis*. En el ejercicio del gran poder que por Dios le ha sido con-

(1) Joan. cap. XIX, v. 26 y 27.

cedido, ha hecho resplandecer siempre su bondad, su misericordia y su clemencia en favor de los hijos de sus dolores. Establécese el cristianismo entre grandes luchas y persecuciones, y María anima á los cristianos, les aconseja, les instruye y los consuela. Sube al cielo donde es coronada Reina por la Trinidad Beatísima, y desde el momento en que toma posesion de su trono eterno, su idea fija, su pensamiento constante, es favorecer á los que la invocan con el dulce título de Madre. Los mártires invocan con el nombre de Jesús el de María, y no sienten el peso de sus cadenas, y encuentran dulzuras en los potros, en las parrillas, en las hogueras y en los demás martirios inventados por los enemigos del nombre cristiano. Seria necesario haber dejado ahogar todo sentimiento, y haber olvidado las amarguras y angustias que devoró en el Calvario, en el dia en que adoptó nuestra filiacion, y la bondad, la caridad extraordinaria con que aceptó nuestras miserias para lavarlas, y nuestras necesidades para socorrerlas, para no fundar una sólida esperanza de salvacion en esta Madre del Amor Hermoso.

¿Y cuáles son, señores, las bases de esta esperanza? Su poder y su amor, del que nos venimos ocupando. En cuanto á su poder, nadie puede ponerlo en duda. «Pedid, Madre mia, decia Salomon á Bethsabé, nada os negaré; podeis disponer á vuestro beneplácito de todas mis riquezas.» Esto es una figura de lo que hace Dios con María: nada le niega de cuanto le pide: está pronto para acceder á todos sus ruegos, y lo que ella desea se efectúa en el momento. En esto se funda la omnipotencia de María: no puede hablar como el Hacedor á la nada para que produzca mundos, pero

habla á Dios, de quien es Madre, y se hace su voluntad: No es, pues, la omnipotencia imperante, sino suplicante: no es la omnipotencia que manda, pero es la que ruega. El cielo, la tierra y los abismos la obedecen, porque ella, que es la Reina de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, no tiene que hacer mas que pedir para que se cumplan sus deseos. Trata el Eterno de efectuar el gran misterio de la Encarnacion, y se espera á que María pronuncie el venturoso *fiat*. Y entonces María estaba en la tierra. Hoy que se haya colocada en el cielo á la diestra de su divino Hijo, que está investida con la autoridad real, siendo aclamada y bendecida por los espíritus angélicos como Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo; ¿cuál será su influencia para con Aquel á quien concibió segun la carne, que le alimentó con sus virginales pechos, y que vivió en la tierra sumiso y obediente á ella? ¡Anatema eterno al que se atreva á poner en duda el gran poder de intercesion de la Santísima Virgen!

Atendido, pues, este poder de María, insensatez seria ciertamente el dudar ni por un momento que no esté pronto á ponerle en juego en favor de los mortales. Su amor, le obliga en cierta manera á socorrernos, y por esto ha sido siempre el asilo del desgraciado, el refugio del desamparado, la estrella de brillantes resplandores que ha conducido á los hombres al camino recto cuando viéndose extraviados han demandado su socorro. ¡Oh, que consuelo tan inespliable! Yo os suplico señores, que deis autoridad á mis palabras, no porque os hablo yo, sino porque os hablo de María, y no con lenguaje propio sino con el idioma de la Iglesia y de los Padres. Oid á la Igle-